

mejor para la expresión de sus propias realidades.

La poesía actual del migrante se enriquece de la tradición oral y de la angustia de la escritura. Esta literatura dirigida al lector bilingüe urbano revela el trasplante y modernización de la cultura quechua en la urbe, pero no sólo se detiene allí, sino que se proyecta hacia el futuro procurando hacer suyo este mundo capitalista en el cual deja sus huellas.

Considerando al migrante como sujeto poético quechua moderno, Noriega hace una interesante clasificación de tres tipos: el trágico-nostálgico, el mesiánico y el utópico. Estos tres sujetos tienen como denominador común la marginalidad y el desarraigo. Mientras que el trágico-nostálgico es un andino errante que se vio obligado a abandonar su medio y expresa su queja y dolor por el abandono total en que se encuentra; el mesiánico adopta una posición más activa de líder, mensajero y salvador y se dirige al indígena para crearle una conciencia social de rebeldía y liberación.

El sujeto migrante utópico resulta ser el más imaginativo de los tres ya que éste, sin dejar de ser un marginado, realiza una transformación utópica del mundo. Su meta principal es conquistar la sociedad moderna urbana o, en palabras de Noriega, "andinizarse la capital". Para esta categoría el autor se guía en gran parte por los estudios teóricos de Lienhard sobre el "lector del futuro", ese lector bilingüe quechua que comprende el mundo quechua como uno poblado de mitos, leyendas y rituales que transmiten la voz de sus ancestros.

Noriega nos refiere e ilustra con innumerables ejemplos las más importantes características de esta poesía. El lector de este libro y, particularmente de este capítulo, se beneficia con explicaciones de metáforas quechuas muy ajenas a otras literaturas, temas que redundan manifestando temores y esperanzas en este mundo caótico, así como las funciones rituales que cumplen estos textos poéticos. No cabe duda que *Buscando una tradición poética quechua en el Perú* cons-

tituye una lectura obligada para el interesado en estudios quechuistas o sobre cultura andina en general. Además de presentarnos un estudio claro y conciso de la escritura quechua en sus aspectos lingüísticos y literarios, ofrece una copiosa y pertinente bibliografía que es esencial para todo investigador que, como Noriega, se empeñe en crear una crítica del futuro más adecuada a esta literatura única.

Maria-Gladys Vallières
University of Pennsylvania,
Philadelphia

Yolanda Fabiola Orquera. *Los castillos decrepitos o la "Historia Verdadera" de Bernal Díaz del Castillo. Tucumán, Argentina: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1996.*

La suerte de la *Historia verdadera...* ha tenido vaivenes históricos. Desde el juicio adverso de Antonio de Solís sobre Bernal, quien consideraba como un peligro "el discurrir a los que nacieron para obedecer", hasta el de Robert Anderson Wilson (quien incluso dudó de su existencia y sugirió que su crónica era una patraña de clérigos para justificar la conquista), las afirmaciones sobre el cronista carecían de base firme. Hoy en día, la crónica de Bernal es la más popular de las obras que se refieren a la conquista de México, incluso sobre la de Cortés y la de Gómara.

El libro de Yolanda Fabiola Orquera comparte esta opinión. La primera parte de esta investigación plantea una "aproximación teórica" que revisa varios conceptos epistemológicos para poder acercarse a Bernal: lectura y escritura, literatura e historia, los antiguos y los modernos, el humanismo con una visión hacia adelante, la noción de progreso, definiciones y fronteras de la crónica. Una discusión interesante es la distinción entre crónica, anales y las diferentes formas de historia: divina, humana, natural y moral. En el fondo, la crítica colonial nombraba "historiadores" a los humanistas, educados, a los

"letrados" como los llamara Orquera, y "cronistas" a todos los escritores que, en pocas palabras, "no sabían latín". Y ésta será una de las tesis centrales del libro: Bernal, desde esta marginalidad de "cronista", está abriendo las puertas a un nuevo discurso histórico. El recorrido teórico de esta primera parte es exhaustivo en cuanto a los teóricos de la Antigüedad (Teofrasto, Gorgias, Aristóteles, Quintiliano) aunado a la crítica más moderna (Kuhn, Foucault, Bajtín, Barthes, Mignolo, Maravall, Hayden White, entre otros).

No obstante, hubiera sido interesante que revisara la crítica bernaldiana tradicional (Carmelo Saenz de Santa María, Ramón Iglesia, Genaro García, Ramírez Cabañas, por nombrar algunos de los más destacados) con el mismo rigor con el que se revisó a los demás. Es decir, hoy por hoy, todavía no está solucionado el problema de los manuscritos bernaldianos y este asunto es fundamental. Las diferencias textuales entre el manuscrito *Guatemala*, el manuscrito *Remón*, y el *Alegría*, son importantes. Pongamos un ejemplo concreto. El capítulo CCXXII del manuscrito Remón, "De las señales e planetas que hubo en el cielo de la Nueva España antes que en ella entrásemos, y pronóstico e declaración que los indios mexicanos hicieron diciendo sobre ello: e de una señal que hubo en el cielo, y otras cosas que son de traer a la memoria", no aparece en el *Guatemala* y sí en el *Remón*, manuscrito perpetrado, según Sáenz de Santa María, por fray Gabriel Adarzo y Santander, y es un claro ejemplo de las interpolaciones del fraile mercedario, quien corrigió y deformó las palabras del soldado de Cortés. Un capítulo como éste ha creado controversia. Para el historiador español Saenz de Santa María, por ejemplo, sí fue escrito por Bernal. Para Genaro García, mexicano, el texto no es bernaldiano. Más bien, podemos rastrear en él una invención frailesca para justificar la visión mesiánica y fatalista de la conquista. Quien conozca la obra de Sahagún, verá que fray Bernardino también insertó en su obra, las famosas profecías o señales que anunciaban la llegada de los españoles y que, como

bien señala Georg Friederici, parecen haber sido elaboradas, como todas las profecías, a posteriori. Este tipo de discusión textual e historiográfica, no fue tocado en el libro de Orquera, mientras que sí elabora minuciosas digresiones sobre las teorías de Foucault, Barthes y Bajtín. El marco teórico no presenta un balance entre la crítica bernaldiana tradicional y los teóricos postmodernos que hoy se aplican, a diestra y siniestra, con la misma facilidad, tanto a Borges como a Bernal.

En la segunda parte, Orquera sitúa la *Historia verdadera...* en relación con la obra de Cortés y de Gómara, así como ante las tesis de de Las Casas. Bien se señala que Gómara se vale de un criterio indirecto-mediato para escribir su Historia (p. 78). El clérigo soriano es el ejemplo más sobresaliente de este género. Su *Hispania Victrix* quedó durante siglos como la historia "oficial" de la conquista de México. Pero no es tan sencillo: Gómara contaba con la amistad personal de Cortés y tenía a la mano sus Cartas de relación, conocía la relación de Andrés de Tapia, y contaba con la obra perdida de Motolinía, *La Guerra de los Indios de la Nueva España*, fuente primordial de su obra y que Gómara silenció. Su visión heroica de Cortés es tendenciosa, parcial, prejuiciada. Y en verdad Gómara fue el gran ideólogo de la Corona española. Pero también fue crítico. En el capítulo CCLII, "Condición de Cortés", al describir al conquistador, dice: "Fue muy dado a las mujeres y dióse siempre. Lo mismo hizo al juego, y jugaba a los dados a maravilla bien y alegremente... Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condición de putañeros". Rasgos de picaresca más que de épica. Este tipo de comentarios llevaron a la prohibición de la obra en 1553, y fueron suprimidos en la segunda edición de la Conquista de México, editada en Zaragoza, en 1554. Marcel Bataillon ha estudiado las causas de esta censura. A la Corona no le convenía la creciente fama de Cortés en detrimento de Carlos V. Lo que nos indica que Gómara, aunque era partidario del conquistador extremeño, tuvo sus enemigos entre los "letrados", también creía

en la objetividad histórica y fue uno de los artifices del método histórico moderno.

Sin embargo, desde el otro lado del Atlántico, Bernal Díaz, al igual que los demás cronistas-soldados —Fray Francisco de Aguilar, Andrés de Tapia, Francisco Vázquez de Tapia, el Anónimo, et al.—, escribieron su relación de méritos y servicios, exigiendo validez histórica a sus testimonios por haber sido testigos de vista de la conquista. “Bernal Díaz”, señala Orquera, “exige la presencia personal del cronista como única fuente válida de la escritura histórica” (p. 88). Pero él no fue el primero ni el único en señalar esto en contra de Gómara y de los historiadores oficiales. José Durand, en Gómara: encrucijada ha escrito sobre los “ilustres enemigos”, de Gómara, entre ellos Bartolomé de Las Casas, el Inca Garcilaso y el mismo Bernal Díaz. Por otra parte, la *Historia verdadera*... no es exactamente “el espejo invertido de la Conquista de México” de Gómara, como quiere Orquera (p. 90), sino una ampliación y corrección de lo que Bernal consideraba equivocado en el historiador humanista. Lo cierto es que, sin la obra de Gómara, Bernal nunca hubiera tenido una estructura para su obra, ni hubiera podido explayarse tanto. En el fondo, ambas obras son complementarias y derivan en mucho de una fuente común: las Cartas de Cortés (y la Historia extrañada de fray Toribio de Motolinía). Gómara siguió y construyó retóricamente las ideas del caudillo conquistador y se apoyó en los datos del franciscano, pero Bernal “refrescó su memoria” con la obra del clérigo soriano, y le sirvió de esqueleto para su dilatada crónica. “Insístase más en el cotejo de los textos de Bernal y Gómara”, sugiere Ramón Iglesia, “y quizá se encuentre que éste le prestó a aquél un precioso servicio, ayudándole a dar forma a su obra, a distribuir los capítulos”.

En la tercera parte del libro Orquera hace un detallado análisis de los elementos populares de la obra de Bernal. El uso de refranes, romances, la humanización de la ‘imago épica’, la carnavalesización del discurso, así como la parodia del discurso histórico, aunque, se-

ñalemos, nos parece que son aciertos involuntarios de Bernal y que estaban en el aire en la literatura del siglo XVI (novela picaresca, novelas de caballería, *La Celestina*) y no tan premeditados como los quiere ver Orquera. Es atinada su mención al *Amadís de Gaula*, así como la de los recursos literarios que Cervantes utilizará más tarde en *El Quijote*. Coincide aquí con José Joaquín Blanco, quien sugiere que Bernal, al reflejar “el estilo y el pensamiento de la conversación popular”, traza el camino hacia “la saga-comedia cervantina”. Fernando Benítez evoca, también, la prosa de Cervantes al leer al mucho más humilde Bernal: “Es el primero en introducir a Sancho Panza en el contexto glorioso de la conquista, la contrapartida de la andante caballería entonces casi extinta”. Por su parte, Sáenz de Santa María afirma que la prosa bernaldiana “en su siglo apenas cede a la del Lazarillo y la de Santa Teresa”.... Afirmación delicada, pero lo cierto es que la crónica de Bernal pertenece a esa deliciosa corriente que refleja la voz de las calles y de los mercados, “con buen sentido de Juan español y popular crudeza”, como diría Alfonso Reyes.

En la última parte del libro, Orquera inserta la *Historia*... de Bernal dentro del discurso hablado y la oralidad para pasar de la espada a la pluma y lograr validez histórica. Su narración discontinua, su capacidad de suspenso y su portentosa memoria, le ayudan a lograr este objetivo. Bernal, quien carece de las cualidades de un estilista, tiene una prodigiosa memoria. Irving Leonard la ha llamado sugestivamente “unclouded memory”. El equivalente en español sería una memoria despejada, sin nubes, imagen que define con elegancia esta cualidad del soldado español. Cardoza y Aragón, asimismo, plantea cómo la prosa de Cortés siempre esconde un determinado propósito, “un punto de vista impuesto por su conocimientos, por sus relaciones en la corte, con Diego Velázquez, por su responsabilidad. Todo esto visto desde su jefatura, desde sus intereses: son cartas políticas”. En cambio, la ingenuidad de la prosa bernaldiana, ese des-

orden ordenado, salva de la sombra y del olvido a los hombres de Cortés, con sus defectos y cualidades, sus miedos y sus virtudes. De esta manera, señala también Howden Smith, ejemplifica la “democracia militar” que caracterizó la conquista de América.

Orquera analiza, asimismo, la historia del cautivo Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, donde la crítica ha querido ver los primeros síntomas de mestizaje y de transculturación entre conquistadores y conquistados, así como el problema del intérprete, en este caso, Malintzin o doña Marina, como se conoció a la faraute cortesana.

El libro de Orquera cierra con una consideración sobre la desilusión bernaldiana como prefuguración del Barroco. Acaso fuera parte de la crisis de conciencia conquistadora, por haber destruido toda una cosmovisión a la que no entendió y no quiso entender. Sin embargo, la obra de Bernal no es marginal en el discurso de la Historia de México. Si bien es una narrativa que confronta a Gómara, a Cortés, a los humanistas, toda su subalternancia pertenece al discurso conquistador. Literariamente, la Historia de Bernal ataca el discurso letrado de la conquista; desde el punto de vista histórico Bernal, Cortés y Gómara son artífices de la misma visión conquistadora, hispanista y defensora de la destrucción del mundo prehispánico en aras de la conversión. Y la *Historia verdadera* de Bernal, más humanizada, menos heroica que las otras dos, tampoco es tan verdadera como se pretende e, ideológicamente, pertenece al lado hispano.

El verdadero discurso marginal de la conquista de México sobrevive en pedazos, como las ruinas de los antiguos templos. Por ejemplo, en la obra de Fernando de Alva Ixtlilxochitl, heredero del rey Nezahualcoyotl, debería ser estudiada con más credibilidad y desde nuevos puntos de vista. Así también en el libro XII de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* (aunque filtrado por la pluma religiosa de Sahagún), o el manuscrito que se conoce como los “Cantos tristes de la conquista” que Miguel León Portilla incluyó en

la *Visión de los vencidos*. Estos tres textos, entre otros —y de manera fragmentaria— nos dan retazos de la visión marginal de los mexicanos vencidos y no de los vencedores. En realidad, Bernal Díaz y muchos de los soldados-cronistas, se quejaban por no haber recibido lo que les tocaba en cuanto a la repartición de indios y escribían a la Corona española para que les dieran lo que “merecían” por haber conquistado y destruido a la nación mexicana, pero de ninguna manera cuestionaban el valor de su gesta militar y “religiosa”.

El libro de Orquera, finalmente, presenta un detallado acercamiento literario a la obra más popular sobre la conquista de México, desde la visión hispanista, conquistadora. Pero la visión marginal de dicha historia, a pesar de todo y del tiempo que ha pasado, está todavía por escribirse.

Arturo Dávila S.

Universidad de California, Berkeley

Leopoldo M. Bernucci. *A Imitação dos Sentidos*. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo, 1995.

Mesmo depois de quase cem anos da sua publicação, *Os Sertões*, parafraseando o próprio Euclides, continua um forte. A comprovação disto é a recente publicação do livro do crítico Leopoldo M. Bernucci *A Imitação dos Sentidos*, cuja preocupação maior é discutir a mimese ou o processo imitativo na obra de Euclides da Cunha. Na sua abordagem o crítico procura mostrar como Euclides, a partir da impossibilidade de captação do seu objeto de representação (Canudos), constrói o seu relato baseando-se nos sentidos que outros escritores atribuíram a esta realidade. O livro mostra como o modelo interpretativo de Euclides é constituído a partir de uma ordem variada de discursos sobre a guerra de Canudos (ficção, jornalismo, testemunhos orais), enfatizando sobretudo o permanente diálogo intertextual do relato euclidiano com obras que lhe são precursoras, contem-